

Fue entre los años 1870 y 1890 cuando las potencias occidentales iniciaron la exploración y la conquista de Zaire. El recorrido más trascendente lo realizó, en 1877, el audaz periodista inglés Henry Morton Stanley, partiendo desde la orilla occidental del Lago Tanganica.

Las informaciones de Stanley, sumadas a otras anteriores, despertaron la codicia de Leopoldo II, rey de los belgas, quien reclutó al aventurero explorador para la conquista «pacífica» de ese territorio fabulosamente rico. Stanley y su contingente, con extraordinaria habilidad y recurriendo a las armas cuando lo creyeron necesario, lograron concertar varios centenares de contratos de comercio y concesiones con los jefes tribales locales, en carácter de representantes privados de Leopoldo II.

En la Conferencia de Berlín (1884-1885) donde las metrópolis europeas se repartieron el continente africano, el soberano belga logró, con el apoyo de los Estados Unidos, que el territorio «contratado» por Stanley quedara reconocido, en el Acta General, como Estado Libre del Congo, propiedad personal de Leopoldo II.

La Conferencia reconoció también como perteneciente a Francia el territorio que sus expediciones militares habían explorado desde el Atlántico hasta la margen oeste del río Congo. En el tramo final de su desembocadura, la gran vía fluvial delimitó la frontera entre la nueva posesión del rey belga y la colonia portuguesa de Angola. El antiguo Reino Congo quedó dividido en tres pedazos, dependientes de otras tantas metrópolis. Igualmente resultaron fragmentados el Imperio Lunda y otros grandes grupos étnicos.

Leopoldo II pasó a la historia como uno de los más crueles y rapaces colonialistas que hayan existido. En 1888 creó la Fuerza Pública, mandada por oficiales belgas, cuyos soldados eran reclutados obligatoriamente entre los africanos y convertidos en verdugos de sus hermanos. Posteriormente, la fuente de los agentes de la FP fueron los jóvenes que abandonaban las escuelas primarias creadas por las misiones religiosas y eran enrolados a la fuerza por un período no menor de siete años. Los soldados de la FP no actuaban en su región de origen. De tal modo, el cumplimiento de las órdenes draconianas de sus oficiales exacerbaba las rivalidades intertribales.

El caucho y el marfil fueron los principales productos explotados. Las aldeas que no cumplían las cuotas fijadas eran arrasadas, sus pobladores azotados, y los más rebeldes, asesinados. Como prueba macabra de su eficiencia en la represión, se exigía a los soldados de la FP la presentación de la mano derecha de cada muerto.

Pero las riquezas mineras devinieron pronto el botín más apreciado. Las reservas del subsuelo zairita constituyeron un verdadero «escándalo geológico»: cobre, cobalto (tres quintas partes de la producción mundial), diamantes industriales, zinc, hierro, oro, plata, tungsteno, manganeso,

bauxita y metales raros como berilio, cadmio, germanio, niobio, tantalio, litio, etc., cuya importancia estratégica es bien conocida.

Compañías belgas y de otros países capitalistas acudieron a la explotación intensiva del subsuelo. Ya en 1906 sumaban 85 las empresas mineras. Leopoldo II, burlando los acuerdos del Acta de Berlín, imponía condiciones desventajosas a las corporaciones extranjeras en favor de las belgas, de las cuales era el gran accionista. Los Estados Unidos, la Gran Bretaña y otras potencias «se lamentaban» por los excesos belgas en el Congo, pero en realidad no eran los abusos contra la población lo que las inquietaban sino las maniobras del Monarca, que dificultaban la libertad de comercio y navegación establecidas en la capital alemana.

II

El 15 de noviembre de 1908, un año antes de la muerte de Leopoldo II, el Estado Libre del Congo pasa a ser, según su testamento y por acuerdo del Parlamento de Bruselas, colonia de Bélgica. El rey había contraído una deuda con el tesoro de la nación de veinticinco millones de francos.

La «nueva» administración establece una Carta Colonial. Reforma la rudimentaria administración leopoldina. Como órgano del poder colonial surgen las Jefaturas, divisiones básicas del país. Al frente de cada una de ellas se designa, pagado por los belgas, un africano sumiso proveniente de la jerarquía tribal o de los sicarios de la Fuerza Pública. Un cierto número de Jefaturas integra el Sector. Varios Sectores forman el Distrito, Región o Provincia, según las distintas denominaciones que reciben en un período u otro.

Las disposiciones del Gobernador General tienen fuerza de Ley. Es asistido por un Consejo de Gobierno. Hasta 1947, ningún africano forma parte de este Consejo.

Aunque la Carta Colonial prescribe la abolición del trabajo forzado que regía en el Estado Libre, las autoridades y las empresas de hecho lo mantienen mediante diversas fórmulas, y ello es particularmente brutal en períodos de crisis en la metrópoli: como son la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y la Gran Depresión capitalista de la década del 30. Justamente en esos años ocurren grandes levantamientos en varias regiones, los cuales son aplastados con el empleo de efectivos militares enviados desde la metrópoli, tal como lo venían haciendo desde el pasado siglo.

Las grandes necesidades de materiales estratégicos durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) provocan un auge de la actividad productiva, y el incremento de obreros mineros hasta unos setecientos mil. Los nativos que trabajan en las minas y la construcción de vías férreas son víctimas de una bestial explotación.